

## BIBLIOGRAFIA

LO "VIZCAINO" EN LA LITERATURA CASTELLANA, por Anselmo de Legarda. Biblioteca Vascongada de los Amigos del País. San Sebastián, 1954.

No resulta empresa fácil enjuiciar críticamente una tesis doctoral. Sabiendo cómo se alambican hoy esos estudios y cuán rígidamente son considerados por los especialistas que constituyen el tribunal, sería petulancia aventurar nuevos juicios, sobre todo, como ocurre en este caso, si la tesis ha obtenido la calificación de sobresaliente, "rara avis" en las calificaciones doctorales.

Se trata —ya se ve— de esos libros que suelen llamarse exhaustivos. Obra que se llamaría de benedictino, si en este caso no fuese capuchino. Legarda ha tenido que leer vertiginosamente y, sin embargo, reflexivamente. Porque no es que se le escape la menor partícula de vizcainismo en la literatura castellana, sino que los textos que recoge reciben un tratamiento "histórico" que deja perfectamente fijada su interpretación. No sólo sabe todo lo que los literatos castellanos han dicho de los vascos; sabe además y hace saber qué es lo que han dicho correctamente y qué es lo que han dicho frívolamente.

En la metodología histórica moderna se da una gran importancia a lo que los autores nos han contado como fruto de observación directa. Ese es el caso de los literatos que no se entretienen a citar a Estrabón o a Lucio Floro, sino que nos cuentan lisamente lo que están viendo. Por eso auguro que los operarios de la ciencia histórica van a tener que citar mucho a Legarda.

De cómo matiza este autor es prueba lo que dice a propósito de un Andía y Larrazabal a quien ha visto citado. Cualquiera menos advertido hubiera dejado pasar sin comentario ese enunciado; pero él se ha dado cuenta, aunque no lo dice, de que ese Andía y Larrazabal tendría que ser correctamente Andía Irarrazabal y, en esa inteligencia, propone que se le busque en Deva, donde efectivamente estuvo esa rama de los Andía.

En un estudio tan minucioso tenía que surgir necesariamente algún hallazgo. Así ha sido, porque todos sabemos cuánto papel se ha invertido en la rebusca del primer texto impreso en lengua vasca. Legarda ha borrado las marcas y nos señala en la página 154 de su libro un texto anterior a todos los hasta ahora considerados.

Todo lo dicho nos afirma en la idea de que ha surgido un libro capital para nuestros estudios, llámense literarios, históricos o folklóricos. Y, aunque nuestro aplauso no añada una filatura a su borla doctoral, vaya hacia él con todo encarecimiento.

Fausto AROCENA



**ENSAYO SOBRE LOS ORIGENES Y NATURALEZA DE VIZCAYA**, por Julio Ortega Galindo. Publicaciones de la Universidad de Deusto. Bilbao, 1953.

He aquí un libro importante de reciente aparición: "Ensayo sobre los orígenes y naturaleza de Vizcaya", por don Julio Ortega Galindo, Director del Instituto de Segunda Enseñanza de Bilbao y Profesor de Historia del Derecho de la Universidad de Deusto. Libro importante, no tanto por su dimensión material —casi doscientas páginas, de impresión más bien abierta y en formato reducido— como por su contenido y por las luces que abre acerca del problema de los orígenes históricos del Señorío de Vizcaya, en sus dos aspectos —que el autor se cuida mucho en diferenciarlos bien— de dominio hereditario de la casa condal de Haro, que con el tiempo viene a reintegrarse a la Corona de Castilla, y de comunidad política que evolucionando a través de la cronología llega a ser la provincia hermana. Precisamente en esta diferenciación y análisis aislado de ambas facetas es donde radica el valor de este "Ensayo" del señor Ortega, ya que los numerosos polemistas que ha habido acerca de la cuestión —característicamente preocupados por tesis políticas del momento en que escribían— siempre las han mezclado con perjuicio de la claridad histórica. Tras unos capítulos preliminares en los que pasa revista a las distintas tendencias historiográficas manifestadas a propósito del problema, y a los diversos mitos formulados por los escri-

tores antiguos para salvar el bache que tenían en el conocimiento de los tiempos primitivos de Vizcaya, el señor Ortega se enfrenta directamente con la formación del señorío hereditario, del feudo condal. Sitúa su momento inicial en la circunstancia de la formación de una frontera castellano-navarra al dividirse la herencia de Sancho el Mayor, frontera en la cual Vizcaya queda como "marca" de Navarra frente a los dominios de Fernando I de Castilla; coyuntura esta en la que aparece el primer conde, don Iñigo López, quien durante cuarenta años gobierna la provincia —digámoslo con el término moderno, para mayor claridad— en nombre primero del monarca navarro y más tarde en el del rey castellano, y señor que a lo largo de tan dilatado período acrecienta las posesiones territoriales que por herencia ya tenía en ella, hasta constituir el vasto señorío disperso por toda la provincia y en el cual el día de mañana habría de encontrar su base la conocida división —y antagonismo— entre las villas y "la tierra llana" de Vizcaya. Esta es sin duda la parte más lograda del "Ensayo" del señor Ortega Galindo, aquella en la cual analiza mejor la cuestión, con mayor copia de datos y más sólida trabazón argumental. A continuación expone la doble personalidad de los Condes y la evolución de las facultades señoriales, para cerrar el libro con un intento de análisis del origen de la entidad Vizcaya considerada como realidad distinta del señorío condal.

Queremos cerrar esta breve nota bibliográfica felicitando al señor Ortega Galindo por su positivamente importante aportación a los estudios de la más antigua y nebulosa historia de la provincia hermana, y también a la Universidad de Deusto por haber editado con toda pulcritud este volumen.

J. L. B.



*LEXIQUE FRANCAISE-BASQUE*, por A. Tournier y P. Lafitte, Bayonne. 8, rue Jaques Lafitte.

Acaba de salir a la luz este nuevo diccionario francés-vasc. editado en Bayona por *Editions Herria*, en dos tomitos cada uno de unas 300 páginas, de buen papel y nítida impresión que hace honor a los editores.

Hacia mucha falta un diccionario así; (como también la hace el correspondiente castellano-vasc. con arreglo a moderno criterio); poco a poco se va precisando y mejorando la composición de esta par-

te del diccionario vasco, que es labor ardua y penosísima (aquí sí que podemos decir de benedictino o por lo menos de fraile); puesto que hay que equilibrar la tendencia a una fijación de la lengua literaria, con la sumisión a la realidad actual del habla viva con sus excesivas variantes; así como es necesaria la aceptación en el diccionario de algunos nombres científicos o técnicos, sin traducirlos propiamente, y de varios vocablos vivos en el vasco. hace muchos tiempos (aunque de origen románico) que aunque parezca extraño, no se han incluido aún en nuestros diccionarios más prestigiosos.

Este nuevo Lexicón de Tournier supone un esforzado trabajo que deben agradecer los vascófilos.

Espero que no se molestará nuestro colega si me permito hacer alguna observación, atendiendo al deseo expresado por él mismo; y con el único móvil de ayudar a la difícil empresa de la integración y fijación de nuestro diccionario.

Los vocablos técnicos como *coxalgie*, *monographie*, *monopole*, *deltoides*, se deberían incluir sin traducirlos, en la forma que proceden otras lenguas cultas: la versión *hankamin*, lo mismo puede significar *ciática* y aun mejor: tampoco es exacta la versión *lan berezi*=monografía. Menos legítima creemos la versión por un circunloquio o definición, como en *monopolo*=*bakarrik saltze izaiteko esku*.

Vemos con gusto por otra parte que los autores han tenido cuidado de redactar los vocablos íntegros, sin ceder a los fonetismos a que son aficionados algunos, por el Norte y por el Sur. Así nos encontramos a menudo con *ua* por *ura*, *Altzuku* por *Altzuruku* y *emain* por *emagín*, *aitz* por *aritz*, *artzen* por *aritzen*, etc., dificultando la lectura de los que no son del mismo sitio. En este punto convendría imitar el prurito literario de los antiguos *Oihenart*, *Tartas* y demás.

Por lo demás, es una edición muy cuidada, de un libro que llenará una laguna y que conserva una inquietud de extensión literaria, cuidando constantemente de incluir sinónimos de fuera de Labort y Navarra, y aceptando muchos vocablos usados en el vasco. de Guipúzcoa, incluso algunos neologismos.

A. Y.



*LA CASA DE LOS ESCORIAZA-ESQUIBEL, EN VITORIA, por Angel de Apraiz. Universidad de Valladolid, 1954.*

El que fué Secretario General de la Sociedad de Estudios Vascos durante todo el tiempo de vivencia de esa institución no ha dejado de tomar contacto muy estrecho con esta Sociedad Vascongada de los Amigos del País. Ahora ha emprendido el estudio histórico y artístico del edificio que fué sede de la Sociedad Vascongada en Vitoria.

Digno ciertamente de que sobre él haya corrido la tinta de tantos buenos autores, la presencia en el tema del Catedrático de Arte y Decano de la Facultad de Letras de la Universidad de Valladolid, se hacía obligada. Por eso el estudio erudito y razonado del señor Apraiz pone en claro muchas cosas, aunque en su esencia sea un glosario, no servil ni mucho menos, de lo que el señor Chueca Goitia ha escrito en su importante libro "Arquitectura del siglo XVI".

Apraiz nos da la genealogía, ilustrada en algunos puntos, de los fundadores de la casa, es decir, de los Escoriaza-Esquivel, apellido este último que no hay más remedio que identificar con el de Aizquibel; nos describe con todo detalle el edificio; relaciona las labores artísticas del mismo con otras sus congéneres y nos da, finalmente, una interpretación artística de la portada, de la que entresacamos la que también da, con las reservas del caso, de las siglas F. S. V. C. que han sido el torcedor de tantos caviladores.

Las referencias a artistas vascos salen a granel, y su frondosidad le sirve para negar la afirmación de que Alava pertenezca arquitectónicamente a Castilla.

F. A.



*RINCONES DE LA HISTORIA DE NAVARRA, por Florencio Idóate, Institución Príncipe de Viana. Pamplona, 1954.*

El fecundo y erudito archivero navarro publica un bello y ameno libro de 460 páginas sobre diversos acontecimientos y anécdotas de la Historia del País, diferentes en su asunto y de variado interés para el lector. Pues al lado de eruditas páginas de investigación sobre guerras y reyes, nos recrea con varios relatos de acuciante interés, sobre asonadas, (como el motín contra los frailes de Fitero), ca-

tástoros, judíos, brujos, bandidos famosos y curanderos célebres, como Mañeru, el cirujano de Ujué, que ayudando a un colega francés perpetrar una carnicería en un pobre herniado; dejándonos el curioso detalle de ser ese pueblo vascongado en aquella fecha (1611), pues en *vascuenz* le oyen los de alrededor decir: "que si el niño no moría de aquella cura, no moriría de ninguna"; pues no le pudieron reintroducir los intestinos en el abdomen "por causa del viento".

Trae capítulos de acontecimientos más nimios como disputas y algaradas entre pueblos, sobre derechos en ermitas y otros, amén de las eternas cuestiones de preeminencias e hidalguías que como dice el autor, hoy se nos antojan ridículas y enojosas,

Otro curandero célebre de Villaba en 1670 fué Lucas de Ayerbe, oriundo de Tolosa. Decían los testigos de un juicio por agorería, que le habían visto hablando con un chico de Isturizena, de Villaba, en un idioma que "*no era vascuence ni romance ni latin*". Era adivino y buscando una noche tesoros en la huerta de la casa de *Petrísanzenea* de Burlada, le oyeron echar conjuros a la luz de la luna, mientras sus acompañantes salmodiaban las frases rituales, "*aquer buru, chacur buru*".

También nos cuenta de los brujos de Anocibar: a Mari Juana de niña, declara en el juicio, se le apareció un hombre negro y pequeño que le decía "*enea aiz*", y otras veces "*erutako beradun*" que seguramente es error de leguleyo por "*enetako bear dun*" (tienes que ser para mí).

Los aficionados a la lengua vasca deben estar reconocidos a Idoate, que no ha querido dejarse en el tintero estos testimonios, de pueblos que hoy no son vascongados, reliquias doblemente valiosas por su escasez, razón por la que las reproducimos en estas notas.

Otro bandido que dejó resto por 1597 fué un tal Ustáriz, gitano que *trabajaba* en el Baztán. Dijo a alguien que en 90 pueblos hay casas ricas, a lo que el otro le preguntó cómo lo sabía, y el gitano contestó, "*Vay guc euce berce níc badut Vaztaneh*" que había que descifrar. Solía robar Ustáriz en Elizondo, Narvarte, Errazu, para después cobijarse en Francia a donde iban a reclamar los expoliados mediante un rescate que el mismísimo vizconde de Echaux solía ultimar. (¿Sería este Echaux familiar del famoso arzobispo de Tours y Mecenas de Axular, que tanto le encomia en su "*Guero*"?). Este le avisaba al Ustáriz, "*zer dioc hie Ustáriz? Hor dituc*". El Ustáriz respondía tan fresco: "*Bai eguía da, amen* [amen] *dira*". Otras veces contestaba: "*Bai eguía da horrelako gauza baxuec guc ecarri guindunen*" [ginducen], (es verdad, unas cosas como esas trajimos nosotros). Con ocasión de un robo en Arrayoz declaró: "*Arraizetik baiguz zamari bat juan guinden*" que está incorrecto por "*Arraiozetik bai guc*

*zamari bat juan guinduen*" y también otra vez tres ovejas y un cerdo: "*bay eguiazki guk juan guinduzen irur arodiak [ardiak] eta urdea*".

De ladrones, tiene especial interés por su completa reconstitución histórica, el famoso robo de San Miguel de Aralar en 1797, donde anota también en la huída, en boca de uno de ellos, la frase, "*deabruniac, igugiri tezte laster*", que debe corregirse por "*deabruiac! igui zaitzte laster*" (¡diablos! moveos deprisa).

Este robo cometido por vascofranceses que se hicieron pasar por carboneros, costó la vida en la horca a tres de ellos, *Andicol* (de Valcarlos), *Gameto* y *Abanz*.

Y entre la relación de Idoate y la del P. Donosti en "Homenaje a Urquijo", tomo I, con las estrofas cantadas en vasc. se completa al detalle una efemérides que conmovió a toda esa tierra vasca, y que fué pródiga en peripecias de todo género (incluso sacrílegas) y que nos muestran la poca fe de esos vascos en los misterios de nuestra Religión. Pues en el acto del robo pegaron una patada al Copón, desparramándose las formas por el suelo y luego le quebraron la cabeza a la imagen del Angel. Y antes de la horca durante una misa, se abalanzaron sobre el celebrante y le arrebataron el Copón con ánimo de inmunizarse de su condena; murieron reconciliados. Los versos que trae Donosti son bastantes y no creo sean contemporáneos, pues silencian muchos detalles y peripecias.

Una de las estrofas relata así el ataque de los ladrones:

"Sanmigel-a juan ta lenengo pregunte  
ogi ta ardoa eskatu digute  
orai pasa ditzagun sokakin lotute  
goazen Franziera Sanmigel artute".

La estrofa XIII parece una interpolación.

En otro capítulo del libro anotamos que Sandro Asiturri, alcalde de Villava en 1572 encontró oposición para ser nombrado procurador en Cortes (de Navarra) porque un vecino decía que era "*hombre no curial y mal romanzado*"; y otro alegaba que *no habla el romance como conventa en los Estados*".

En la pág. 349 hay una errata, *lupia* o *miarengaira* que se debe corregir por *miarengaiza* (mal de lengua).

El valle de Salazar tenía en su escudo la leyenda en vasc. "*Azqueanean conta*" [rira bien qui rira le dernier], y en la casa *Guesaleria*, que anteriormente sería *Guesala-iria*, de igual forma que Zubiria, Mendiria, Carriquiria, que quiere decir *a lado del puente, monte, calle;*

y lo mismo el barrio de la *Navarrería* que sería *Nabarr iria* (y no *Nabarr-erría*, como se ha escrito).

Con lo reseñado baste para ver que se trata de un libro de Historia denso y entretenido; pero de Historia vista con espíritu humano, siendo en esto Idoate un pionero, que no quiere dejarse en el tintero los personajes irregulares, ni olvidar los detalles picantes; pues el lector está ya un poco decepcionado de la Historia seca y englobada; no en balde decía Merinée: "*je n'aime de l'Histoire que les anecdotes*".

A. YRIGARAY



*LAS ORDENANZAS DE BILBAO DE 1593*, por A. E. de Mañaricua. Bilbao, 1954.

La edición de 1593 de las Ordenanzas Municipales de Bilbao era una edición fantasma cuyo registro había escapado a la inspección analítica de nuestros más expertos bibliógrafos. Es más: había llegado a negarse su existencia y a proclamarla como mito bibliográfico. Pero no contaba con la sagacidad investigadora de Mañaricua que ha logrado encontrar un buen ejemplar viviente y operante en el Archivo de la Chancillería de Valladolid.

Lo demás ha sido cosa fácil para quien cuenta en su haber una serie de estudios bien trabajados. El resultado ha sido una exposición muy erudita en la que se acotan todos los términos de la cuestión con informaciones muy oportunas y con rectificaciones muy necesarias. Y, a renglón seguido, la reproducción facsimilar de la portada del "libro perdido y hallado" y la transcripción, muy escrupulosa, del texto de esas ordenanzas que no dejan de ofrecer particularidades muy interesantes que se ponen de relieve por el autor.

F. A.



*MACHIN DE MUNGIA*, por Aitor de Goiricelaya. Gráficas Gaubeca. Bermeo, 1954.

Un joven autor vizcaíno, natural de Munguía, hace su aparición en el campo de las letras con el relato de la vida de su paisano Ma-



chín de Munguía. Goiricelaya declara su designio de sacar del olvido a Martín de Trobica. La empresa tiene dificultades evidentes, existe en torno al personaje una penuria de datos que, en buena técnica biográfica, precisa rellenar de historia adyacente, soslayando la tentación retórica y novelesca. Goiricelaya lo consigue con una intuición y sobriedad estilista muy notables, sorprendentes en una primera obra, que es promesa de ulteriores y felices realizaciones.

El novel escritor munguiense incide decididamente en el empeño de deshacer la leyenda que hacía marino a Martín de Trobica, que no fué más que marino de circunstancias, y si capitán de los gloriosos tercios españoles que realizaron la campaña de Italia en tiempos del emperador Carlos V. La obra describe muy bien la gran gesta de Trobica en la batalla de Preveza y el martirio final del heroe vizcaíno en Castelnovo, víctima de Barbarroja.

La portada del libro, obra de Arzuaga, el artista oñatiarra, cumple perfectamente su misión sugeridora y la obra está realizada por las gráficas vizcainas de Gaubeca, con el cuidado que a esta casa caracteriza.

J. A.



**UNA GUERRA EN ESPAÑA HACE TRES SIGLOS.** *Una vieja crónica en tres excursiones*, por El Capitán Bermeo. Primera excursión: **RICHELIEU Y LA LLAVE DEL BIDASOA**; San Sebastián-Zarauz, 1954.

Se comprende que se parapete tras la trinchera de un seudónimo el escritor novel que se lanza al campo literario lleno de perplejidades; pero que se oculte con velos de timidez un escritor consagrado, es lo que ya no se puede entender tan fácilmente.

Este es el caso del autor de este "Guía de bolsillo". (Déjelo en masculino, señor linotipista, que así lo queremos el Capitán Bermeo y yo). Porque es el caso que el autor se ha propuesto nada más y nada menos que diplomarse de guía, ponerse al frente de una caravana y dar suelta a unas certeras explicaciones de lo que fué aquella guerra entre Luis XIII, de Francia, y Felipe IV, de España, mejor dicho, entre el Cardenal Richelieu y el Conde Duque de Olivares, que tuvo por teatro los apacibles parajes del estuario del Bidasoa.

La personalidad del autor reviste de absoluta solvencia histórica a su narración. No hay en ella aparato erudito, pero hay realidad erudita. Lo que dice es lo mismo que ha establecido ya definitivamente la más rigurosa crítica de los hechos. Sólo que, atento a su mera función de guía, vulgariza a más y mejor para brindar un texto fácil y ameno. Puede decirse sin temor a contradicción que "El Capitán Bermeo" ha elevado el género y ha señalado un camino que conviene seguir y que él seguirá empujando por el éxito que le ha de acompañar.

Por lo demás, el "topografismo" constituye una obsesión, una obsesión inteligente, en el autor. Y, como aquí se le brindaba una gran oportunidad para reducir a gráficos, panoramas, planos y escenas, lo ha practicado abundantemente y *escrupulosamente*, porque nada se ve que no esté atestiguado en buenas fuentes gráficas.

Con este guía tan ameno y tan erudito, los turistas disfrutará más y, sobre todo, llevarán a sus tierras de origen un recuerdo mejor fijado. Pero no sólo han de ser los foráneos quienes se beneficien de este ilustrador guía de excursiones, porque los indígenas tienen todavía mucho que aprender, ya que mucho de lo que aquí lean les sabrá a nuevo.

Que este buen guía no abandone el oficio, sino que vuelva a ejercitarlo "a cara limpia", porque así lo reclama un evidente estímulo de solvencia.

F. A.



*SUBSTRAT LINGUISTIQUE MEDITERRANEEN, BASQUE ET DRAVIDIEN. SUBSTRAT ET LANGUES CLASSIQUES*, por N. Lachovary. Firenze, 1954. (Estratto dall' *Archivio per l'Alto Adige*, XLVIII).

El objeto de este estudio, continuación de otros anteriores del autor, es el de demostrar que las lenguas dravídicas forman parte, junto con el vascuence, las lenguas caucásicas y las camito-semíticas, de una gran familia mediterránea *lato sensu*, grupo que a su juicio debiera ser llamado indoeuropeo meridional. Importantes restos de esta procedencia se han conservado a su juicio en griego y en latín y cierto número de lenguas africanas, en particular las del grupo

bantu, se relacionan también con él genealógicamente. La obra se compone de unas consideraciones generales, una lista de analogías fonológicas y estructurales, otra de exponentes gramaticales comunes y finalmente de una larga serie de comparaciones lexicales. En separata aparte va un índice de voces citadas y las adiciones y correcciones.

El autor admite modestamente (págs. 145-146) que no tiene pretensión alguna de agotar la materia, pero no deja de tener confianza en que, a pesar del carácter incompleto y hasta cierto punto provisional de sus estudios, el lector habrá de sacar la conclusión de que las lenguas dravídicas forman parte de esa familia mediterránea y están por tanto relacionadas genéticamente con el vasco y el grupo camito-semítico.

Si colocándonos en una posición absolutamente desinteresada tuviéramos que dar nuestra opinión acerca de la acogida que está destinada a tener esta obra entre el público especializado, tendríamos que expresarnos, sin mayor temor a equivocarnos, en un sentido muy pesimista. El Sr. Lahovary tendrá razón al quejarse de la incomprensión y de los excesos de muchos lingüistas, "en particulier de l'école allemande", que se han encastillado en consideraciones estrictamente lingüísticas, "souvent aussi arbitraires que trop ingénieuses" (p. 3): tendrá que aceptar con todo el hecho real de que el *onus probandi* recae exclusivamente sobre él y que la costumbre, acaso no basada en la misma naturaleza de las cosas, sostiene que un tribunal especializado de lingüistas es el más competente para fallar en pleitos de parentesco lingüístico. Por lo cual, si no consigue convencerles, difícilmente podrá considerar que su tentativa, desde el punto de vista del éxito terrenal, haya sido afortunada.

No puedo menos de pensar, sin embargo, que, cualesquiera que sean los títulos que abonen la causa del Sr. Lahovary, los especialistas no dejan de tener algún motivo justo de irritación ante intentos como el suyo. Porque, para señalar sólo lo más evidente, las formas que aduce procedentes de lenguas tan variadas no siempre están escrupulosamente citadas ni los análisis que ofrece son impecables y, sobre todo, sus consideraciones estructurales no pueden tener muchas veces la menor pretensión de exactitud. Para atenernos a hechos vascos, diremos que se menciona, entre otras cosas, una desinencia o de futuro eventual o condicional que es vasco común (p. 23, n.º 28), un artículo demostrativo vasco *-da -tan* (p. 27, n.º 42), *sagardi* "plantation d'arbres fruitiers" (p. 108, n.º 114), se descompone en *sag-ardi* y se asegura que tanto en drávida como en vasco hay una clara oposición entre formas verbales positivas y ne-

gativas (p. 24, n.º 31). Esta última afirmación se aclara en una nota que dice: "Pour exprimer une phrase négative on ne peut employer simplement un verbe avec une négation... mais on doit avoir recours à une conjugaison négative spéciale". En ciertas ocasiones la intervención del factor imaginativo en la elaboración de los datos es tan grande como para sorprender hasta a un lingüista, la casta de gente que, con los aviadores, menos se sorprende de nada, según Ortega y Gasset: "Basque *Cala*, maison, lieu habité, d'où les très nombreux noms de localités ibériques, tels que *Cala-gurris*, ou *Cala-horra*, (la maison rouge, en général, așile ou hôpital; au moyen âge, souvent léproserie)". Justo es reconocer que bastante de esto se explica no por deficiencias personales del Sr. Lahovary, sino por la imperfección inherente al género humano: el adquirir un conocimiento suficiente para manejar con alguna seguridad la variada bibliografía citada por el autor y el conseguir un mínimo de familiaridad con estructuras lingüísticas tan diversas es algo a que sólo personas excepcionalmente dotadas en este sentido pueden aspirar, después de un trabajo largo y agotador.

Hay quizá otro defecto importante, que tampoco es exclusivo del Sr. Lahovary, sino que, por tratarse sin duda de una debilidad común, aparece con frecuencia en trabajos comparativos, sobre todo en los de objetivo tan amplio como el de éste: es decir no precisamente un defecto, sino el exceso de lo que en inglés llaman *wishful thinking*. El autor, preocupado por no dejar tesoro sin explorar, no parece haberse preocupado demasiado acerca de si recogía pepitas de oro, billetes de banco o desperdicios variados, y no hay que olvidar que no existe unanimidad de pareceres sobre si el coleccionar alfileres perdidos es el mejor modo de llegar a millonario. No hace falta, pongamos por caso, ser un especialista en latín para darse cuenta de que Ernout y Meillet pudieron tener serias razones para relacionar lat. *uro* con gr. *ἑρῶ*, etc., (cf. *us-s-i, us-tum*), para separar *toga* de *texo* y unirlo a *tego* o para pensar que *bis* procede de *duis*.

Los resultados conseguidos por el Sr. Lahovary deben, pues, discutirse dentro de la cuestión más general de cuál es el valor de esta clase de ensayos comparativos. Podemos subsumir, de una manera aun más amplia, estas tentativas lingüísticas dentro de los ensayos ya antiguos para explicar semejanzas físicas (según Tácito, p. ej., *Agríc* 11) la tez morena y cabellos rizados de los antiguos habitantes de Gales indican su origen hispánico) o culturales entre los pueblos diversos. No hablaremos ahora de los intentos precientíficos, cuya falta de valor queda muchas veces de manifiesto por la misma diversidad de conclusiones a que llegan los distintos observadores,

y tampoco tengo la menor autoridad para tratar de los criterios de que dispone la Etnología para dar cuenta de estos parecidos, pero, en lo que respecta a la Lingüística, sí puedo decir que existe un método comparativo que ha dado excelentes resultados en la clasificación genealógica de lenguas muy semejantes o que, aún siendo muy disímiles para el observador corriente, puede demostrarse que tienen mucho en común gracias a las correspondencias de sonidos que entre ellas pueden establecerse.

Pero fuera de este campo, bastante reducido en comparación con la totalidad de las lenguas conocidas, que, aunque en detalle prosiga el progreso, ha quedado acotado con éxito desde hace muchos años, y en el cual se han formado los grupos conocidos con el nombre de lenguas germánicas, eslavas o, en un orden más elevado, indoeuropeas, urálicas, bantues, etc., ¿cuáles son las posibilidades del método comparativo? ¿En qué relación están estas familias unas con otras? Se observan a veces semejanzas (indoeuropeo y urálico, por ejemplo, tienen en común desinencias casuales, pronombres personales, interrogativos, elementos léxicos, etc.), pero, ¿cómo hay que explicarlas? En otros casos hay grupos establecidos a base de semejanzas tipológicas y de una cierta coincidencia de elementos léxicos y gramaticales, debida acaso a contigüidad geográfica, pero no parece que hasta ahora haya sido posible dar una prueba estricta del parentesco genealógico de las lenguas que los forman en el mismo sentido que en las lenguas i.-e. por ejemplo, ni tal vez sea posible darla con nuestros métodos actuales.

La quiebra principal del método comparativo reside acaso en que se basa en un principio matemático sin que le sea posible reducir sus demostraciones a datos cuantitativos. Fundándonos en consideraciones de probabilidad, encontramos que las coincidencias observadas entre varias lenguas difícilmente pueden ser debidas a mera casualidad, mientras que pueden explicarse muy bien por el contrario suponiendo que proceden todas de una lengua común, proceso del cual tenemos testimonios históricos directos en otros casos, o bien que son el resultado de contacto o intercambio más o menos prolongados. Incluso podemos hacer hasta cierto punto la discriminación, sin que intervengan ya las consideraciones cuantitativas, de lo que es debido a consaguinidad y a afinidad. Pero es evidente que si, por ser de orden heterogéneo las semejanzas y desemejanzas que entre lenguas se observan, no podemos dar un valor determinado a la probabilidad de que estén emparentadas entre sí, tiene que quedar un amplio margen para las opiniones personales, opiniones cuya motivación habrá de buscarse a menudo más bien en el terreno subjetivo que en el de los hechos.

Es cierto que Schuchardt creía, y así lo afirmó categóricamente, que un lingüista experimentado difícilmente podía equivocarse al enjuiciar tales parecidos. Pero, aunque estaba tan cerca de la genialidad como un lingüista puede estarlo, él mismo proporcionó una refutación clamorosa de su propia tesis cuando sus comparaciones vasco-camito-semíticas se encontraron insuficientemente probativas. Y digamos, entre paréntesis, que sólo gracias a su inmenso prestigio personal pudieron ser aceptadas durante algún tiempo como verdades inconcusas, dado su escaso fundamento. Es decir, gracias a su prestigio y a la costumbre desgraciadamente muy extendida de aceptar la autoridad ajena sin molestarse en examinar sus bases.

Acaso no sea extemporáneo mencionar, por otra parte, que Schuchardt, como amigo que era de la espontaneidad del espíritu, de la creación en el lenguaje, de la consideración de éste como actividad, no como obra, etc., se inclinaba a moverse en la zona más confusa, arbitraria e irregular del lenguaje, allí donde el hilo conductor de la investigación no puede a menudo ser otro que eso que se llama intuición, cualidad preciadísima sin duda, pero que no puede considerarse válida en una demostración mientras no encuentre otros apoyos. Y si más de una vez creyó él seguir la evolución de las palabras a través de sus infinitas relaciones mutuas, acaso no estemos equivocados al pensar que sus explicaciones no están libres de cierto positivismo —de la peor clase de positivismo, en realidad: del positivismo antipositivista— y que sus series evolutivas, por complicadas que nos parezcan, no son, frente a la inagotable riqueza combinatoria de lo real, más que groseras aproximaciones, tan groseras en el fondo como los más descarnados esquemas neogramáticos. Porque, a mi entender, una cierta cantidad de positivismo, y aun una gran cantidad, es tan necesaria en lingüística como en otra ciencia cualquiera, si no queremos que todo se reduzca a opiniones personales más o menos inconclusivas. No quiere esto decir que se niegue a nadie el derecho a explorar lo que en la lengua hay de asistemático, irregular o arbitrario, sino el reconocimiento de que en el lenguaje hay una parte sistemática, regular —o, si se quiere, mecánica— que puede también ser objeto de estudio si alguien quiere dedicarse a ello, y que en ella podrán alcanzarse resultados de un rigor mayor que en la otra.

Volviendo ahora a nuestra reseña, habremos de decir que, mientras la comparación no pueda ser cuantificada, seguirá siendo más bien un arte, una técnica, que una ciencia. Y entre lo que es absolutamente seguro en sentido positivo y lo que es evidente en sentido negativo quedará una amplia zona entregada al arbitrio de las opiniones, perfectamente lícitas en tanto no traten de presentar co-

mo certeza lo que no es más que presunción individual. Y del mismo modo que un arquitecto asegura la solidez de su edificio no cargando los elementos sustentadores hasta su límite teórico de resistencia, el comparatista responsable tratará también de moverse con un amplio margen de seguridad, cuando se trate de demostraciones propiamente dichas y no de exploraciones, y preferirá renunciar a lo dudoso, aunque sea verosímil, antes que debilitar su tesis con un acopio de pruebas deleznales que aparentemente la refuerzan.

Así no le sería difícil a quien tuviera más conocimientos que yo demostrar que, si el Sr. Lahovary prueba su tesis en esta ocasión, ha probado automáticamente mucho más de lo que se proponía. Habrá probado que muchísimas otras lenguas, de las que no hace la menor mención, están también emparentadas con el vasco y las lenguas dravídicas. El número de lenguas que no tienen *f* o *h* en posición final debe ser incontable, el ugro-finés común —como el finés actual— entre otras muchas lenguas no tenía grupos de consonantes iniciales, la “repugnancia” por la *l* inicial (que no parece haber sentido el vasco) pueden notarse en griego (cf. gr. *eleútheros*, lat. *liber*, etc.). *r* y *l* son “intercambiables” en japonés, un “subjuntivo propiamente dicho” falta por ejemplo en ruso, la conjugación negativa que se atribuye erróneamente al vascoence existe en varias lenguas urálicas, etc. En cuanto a la acentuación inicial, es, según Troubetzkoy (*Principes de Phonologie*, 294), la más frecuente en lenguas de acento fijo, y cita como ejemplos modernos el gaélico, el islandés, el lapón, el finés, el livonio, el alto sorabio (y parcialmente el bajo), el checo, el eslovaco, el húngaro, el chechén, el darghin, el lakk, el samoyedo yurak, el samoyedo tavgy, el samoyedo del Yenissey, el vogul, el yakut, el mongol, el calmuco, y termina con un etcétera.

Todo esto, si alguna cosa prueba, prueba la necesidad de distinguir claramente los intentos de demostración estricta de parentescos lingüísticos de la mera búsqueda de parecidos, y la conveniencia de separar lo exactamente probado de lo vagamente opinado. Y no estaría de más tampoco que no se sintiera tanta prisa por extraer datos lingüísticos sueltos del contexto que les da sentido a fin de servirse de ellos para catapultar amplias teorías que aspiran a colmar todas las lagunas de la Historia y de la Prehistoria.

L. M.